

CASTRO DE LA
MESA DE MIRANDA
Chamartín, Ávila



Cuadernos de Patrimonio Abulense | Nº 2

GUÍA

CASTRO DE LA
MESA DE MIRANDA

Chamartín, Ávila

J. Francisco Fabián García



Diputación Provincial de Ávila
INSTITUCIÓN "GRAN DUQUE DE ALBA"

 Cuadernos de
Patrimonio Abulense

1 Verracos. Esculturas zoomorfas
en la provincia de Ávila

Jesús Álvarez-Sanchís

2 Castro de La Mesa de Miranda
Chamartín, Ávila

J. Francisco Fabián García



Fondo Europeo de
Desarrollo Regional
Interreg III A España - Portugal



Direção-Geral do
Desenvolvimento Regional



MINISTERIO
DE HACIENDA



Portugal-Espanha
Cooperação Transfronteiriça
INTERREG III A
Espanha-Portugal

 Cuadernos de
Patrimonio Abulense | Nº 2

CASTRO DE LA MESA DE MIRANDA

Chamartín, Ávila

J. Francisco Fabián García



PA Cuadernos de
Patrimonio Abulense



Diputación Provincial de Ávila
INSTITUCIÓN "GRAN DUQUE DE ALBA"

Edita

**Institución “Gran Duque de Alba”
Diputación de Ávila**

Diseño y maquetación

ZINK soluciones creativas

Imprime

Imcodávila

Depósito legal: AV-29-2005

I.S.B.N.: 84-96433-08-0: Obra completa

I.S.B.N.: 84-96433-10-2: Nº 2

Presentación

Desde que Antonio Molinero descubriera en 1930 el castro de La Mesa de Miranda y su necrópolis de La Osera y desde que el insigne arqueólogo Juan Cabré Aguiló dirigiera las excavaciones que poco después tuvieron aquí lugar, este importante yacimiento arqueológico ha dado a Ávila un renombre muy singular. Tanto ha sido así que con los castros de Las Cogotas y Ulaca ha contribuido en conjunto a darle un matiz arqueológico complementario a las inmediaciones de la ciudad amurallada que es su atracción por excelencia.

Si el castro de Las Cogotas es la esencia contenida en un frasco pequeño, el de Ulaca puede describirse sin rubores como la belleza abrupta y también salvaje en un cerro quebrado en sus rocas, pero altivo sobre el Valle Amblés, ejerciendo el dominio natural que hizo a los hombres y a sus necesidades de otro tiempo elegirlo para ser un lugar en donde se muestra su fuerza y poderío. Al lado de ambos surge la diferencia de La Mesa de Miranda, ni mejor ni peor que los anteriores, pero con matices distintos, en un milagro de diversidad que debe suponer, sin duda, un aliciente para el visitante, aficionado a todos ellos y a descubrir lo particular de cada uno. A Las Cogotas se opone por su extensión tres veces mayor. Y a Ulaca por ser su antítesis: nada de belleza abrupta y salvaje, nada de escabrosidad, ningún alarde de retorcimiento en sus formas rocosas, ninguna altivez sobre el paisaje, sólo paz y tranquilidad envuelta en un auténtico compendio de historia de nuestra Edad del Hierro que, poco a poco, se va descubriendo. No encontrará muchos lugares mejores el viajero para relajarse en un buen día de primavera que este castro. Con acierto el autor habla mejor de una excursión a pie, sin prisas, disfrutando del camino y de su paisaje, sabiendo que el día elegido es para dedicarlo por entero a la Historia intensa contenida en este castro y a la Naturaleza que lo envuelve.

Esta guía, el número 2 de nuestros Cuadernos de Patrimonio, sitúa al visitante en el castro, le lleva por él en el recorrido por sus tres recintos, en el que antes de nada deberá consultar el plano y situarse en el espacio para ir descubriendo detalles. Todo sin perder de vista que está ante ruinas arqueológicas que en otro tiempo tuvieron vida, requisito

indispensable para el autor en la visita a sitios arqueológicos. Aquí vivieron las gentes vettonas, las primeras en estas tierras organizadas de una forma, que podríamos decir moderna. Consecuencia de esa novedad es la magnitud de las construcciones, inéditas en nuestra Prehistoria provincial hasta este momento trascendental en el que las gentes vettonas pueblan, primero, y resisten al conquistador romano, después.

Como requisito previo, la guía sitúa al visitante en el tiempo y sus circunstancias, como algo necesario antes de introducirse con la imaginación y con la vista en el mundo de una apasionante historia sucedida más de dos mil años atrás. Después, se convierte en la compañía inseparable en su tránsito por el sitio y, si me lo permites, viajero, en lectura interesada a la sombra de una encina, oyendo de fondo todos los ruidos que se producen en este sitio o en algunas épocas el absoluto silencio, un privilegio para los tiempos en que vivimos.

Además, se incluye en ella un apartado dedicado al entorno, para volver o para completar el día conociendo otros lugares que existen y que quedan de paso en una zona en la que se produce un extraño milagro donde la escasez de recursos naturales ha terminado por ser favorable, dejando construcciones y parajes congelados en otro tiempo. Sabemos, amigo visitante, que esto te gusta, que cada vez atraen más y relajan los lugares poco alterados por la avalancha del progreso, por ello el autor ha querido dar algunas pistas. Son las más básicas para introducirte en lo esencial, el resto, la imaginación, la pones tú. Feliz estancia en lo nuestro y conserva esta guía para volver, habrá siempre algo nuevo que enseñarte de este castro, para ello seguimos trabajando.

Agustín González González,
PRESIDENTE DE LA DIPUTACIÓN DE ÁVILA



Cómo usar esta guía



Paisaje del castro y de su entorno.

La guía que tienes en tus manos, viajero, quiere ser útil para antes y después de tu visita al castro de La Mesa de Miranda y, sobre todo, para el tiempo que pases entre las ruinas arqueológicas de un lugar que estuvo habitado hace algo más de 2.000 años. Ha sido escrita para amantes de la Historia que quieren disfrutar de una página importante de ella en medio de la naturaleza. Arqueología, Historia y Naturaleza son, por tanto, sus ofertas. La intención fundamental es que te ayude a conocer el castro y que entiendas todo lo que tuvo que ver con él, cuando fue un lugar con vida propia.

La visita se compone de dos partes: el centro de interpretación del castro, ubicado en el pueblo de Chamartín, y la visita al yacimiento. Ambas son complementarias. El orden de visita puede hacerse a gusto del viajero, aunque es aconsejable empezar por el aula arqueológica.

El primer consejo que podemos darte es que no olvides en ningún momento de tu visita el castro de La Mesa de Miranda, porque este lugar tuvo vida una vez. Aquí vivió mucha gente durante largo tiempo. Parecerá que no, pero hubo inviernos, primaveras, otoños y veranos como ahora, tiempos buenos y tiempos desgraciados, iba y venía la gente a sus cosas a diario, nacían, crecían y morían... era en definitiva un sitio vivo, exactamente como cualquiera de los lugares habitados hoy. Hubo también momentos muy graves y duros y una época de decadencia que terminó con su despoblación. En medio de aquel tiempo, seguramente, nunca sospecharon que alguien ahora, tanto tiempo después, visitara el sitio que fue su pueblo y en el que tantas cosas se vivieron. Es evidente que no podemos contar de aquello más que una pequeña parte, porque hacer Historia es así y porque no se ha investigado mucho todavía en el lugar. Sabemos de él sus generalidades y éstas son las que se explican aquí. Esta guía va a ponerte en situación, te va a dar datos, pero no dejes de poner tú la imaginación.

Te introduciremos brevemente en la historia de su descubrimiento, enseñándote todo lo visitable y explicando su significado. Antes te situaremos en el tiempo y en las circunstancias a través de una síntesis histórica que suponga el marco en el que tuvo lugar. De esa forma, queremos que entiendas lo que ves dentro de un contexto, para que sea más fácil, más exacto y más real comprender cada detalle de lo que fue el sitio y lo que se vivió allí. Nuestro interés con ello es que no seas un viajero que consume sin más productos culturales que están de moda. Queremos que te sirva para disfrutar y comprender mejor lo que ves y hasta que puedas recrearlo en tu imaginación, un ejercicio que será más apasionante si lo visitas con niños.

Además, debes disfrutar de la naturaleza, puesto que en este lugar es muy elocuente y se encuentra poco alterada por los progresos modernos. La intención es que, además de lo histórico, disfrutes paseando, admires lo que encuentres a tu paso y contribuyas al empeño en conservar este ambiente tranquilo y relajado, que es una de sus mejores cualidades. No limites demasiado el tiempo, toma la visita con calma y si no pudiera ser ahora así, vuelve sin prisa. Procura hacerlo en las distintas estaciones climáticas del

año, porque las sensaciones son en cada una diferentes. La primavera es sin duda la mejor por el olor a tomillo, por la floración de las encinas y por todos los matices que vas a encontrar en la excursión.

Podrás disponer, también aquí, de alguna información sobre el entorno, por si decides continuar tu ruta o volver. Finalmente se incluye un apartado para informarte de la bibliografía que puede ampliar tus conocimientos, si tu visita al castro de La Mesa de Miranda ha servido para excitarte la curiosidad por estas cosas o si quieres documentarte más, antes de visitarlo.

Recuerda que lo visitable de este yacimiento se compone del castro y del aula arqueológica instalada en el pueblo de Chamartín. Para ello será preciso programar bien el tiempo disponible de acuerdo con los siguientes presupuestos:

- Visita al aula arqueológica: 45 minutos aproximadamente.
- Trayecto pedestre al castro, ida: 30-45 minutos.
- Trayecto en vehículo: 10 minutos.
- Visita completa al yacimiento: 2 horas aproximadamente, visitándolo de una forma pausada en todos sus detalles.

Antes de visitar lugares de este tipo es importante conocer algo sobre el tiempo y las circunstancias que existían para enmarcar mejor cada una de las particularidades. Para ello, puedes leer previamente la ambientación histórica contenida en esta guía o prepararte la visita a conciencia, consultando al final de esta guía alguno de los libros que te proponemos como complemento. Puedes llevarte, también, la guía a la visita y leerla tranquilamente bajo la sombra de una encina o buscando cualquiera de los lugares adecuados para la contemplación que existen en él y en los que nadie te molestará. Allí podrás imaginar en su ambiente lo sucedido en el lugar. No tengas prisa para

visitar este sitio y vuelve de vez en cuando, encontrarás en él nuevos matices.

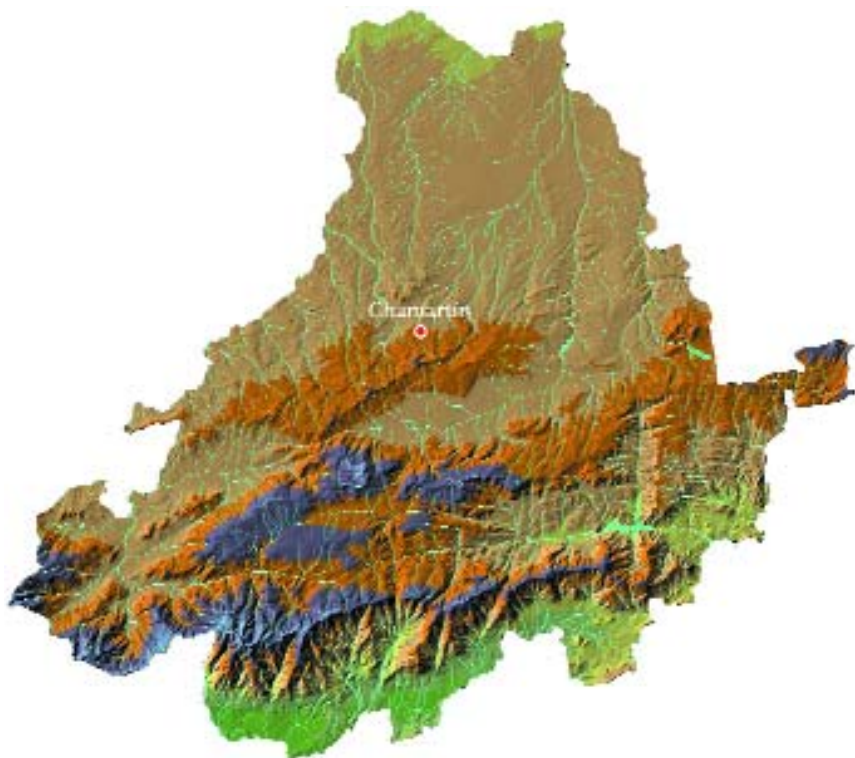
Un ruego final: los testimonios que vas a contemplar son la historia de todos, nos pertenecen por igual a todos. Cuidalos, difúndelos, respétalos, no les hagas el más mínimo daño para que sigan estando en su sitio. Y no consientas que alguien lo haga, de lo contrario, visitas como la que vas a disfrutar, no tendrán las mismas posibilidades de enseñarte la vida de las gentes de esta tierra hace más de 2.000 años.



El lugar y sus circunstancias

El municipio de Chamartín se encuentra en la zona centro-oeste de la provincia de Ávila, en el límite mismo de las tierras llanas que constituyen la cuenca sedimentaria del Valle del Duero y el final de las tierras serranas, como última estribación del Sistema Central. Esas dos circunstancias confieren un paisaje propio que participa de dos componentes ambientales muy típicos: el paisaje salpicado de afloramientos graníticos, con ambientes de dehesa, propio de Chamartín, y el de llanura cultivada de cereal, inmediatamente al norte de Chamartín, característico del Valle del Duero. La altitud respecto al nivel del mar es de 1.196 m.

Desde la ciudad de Ávila se accede a través de la carretera provincial AV-110, que parte de la N-501 con dirección Salamanca a poco de iniciada, rebasado el mirador de Los Cuatro Postes.



Desde este punto, Chamartín dista 22 km a través de un paisaje de estribación de sierra con zonas en las que predominan los paisajes agrestes, pero apacibles y atractivos, formados, primero, por praderas y, luego, por los característicos campos de *bolas* graníticas.

Otros accesos posibles:

- Desde Salamanca: N-501 hasta San Pedro del Arroyo. AV-114 hasta las inmediaciones de Muñico continuando, vía Cillán, a Chamartín.
- Desde Valladolid: N-601 hasta Martín Muñoz de las Posadas. N-403 hasta Blascosancho. CL-803 hasta San Pedro del Arroyo. AV-114 hasta las inmediaciones de Muñico continuando, vía Cillán, a Chamartín.



La cartografía más asequible para manejarse en la zona es la que proporciona el Mapa Topográfico Nacional de escala 1:25.000, número 505-IV: *Solana del Rioalmar*.

Chamartín es un pequeño municipio en el que vive una centena de habitantes. De fundación medieval bajo el nombre de Echamartín, evoca la presencia de repobladores vasco-navarros. *Echamartín* proviene de *Etxea Martín*, que se traduciría del euskera como *La Casa de Martín*, indicando muy probablemente que el

lugar sería repoblado por una sola familia, algo que no debe extrañar, dada la pobreza en recursos de la zona, que no daría para mucha población junta en un mismo territorio.



Chamartín. Casa tradicional.

El casco urbano lo constituye un conjunto de casas, la mayoría de estructura tradicional, herederas de la primera aldea. El empleo de la piedra bien cortada para construcciones rústicas y domésticas ilustra bien la arquitectura popular de éste y

otros pueblos serranos de la zona en los siglos XIX y XX. Merece la pena un paseo por las calles del pueblo para comprender la arquitectura rural y lo que trasciende de ella, para entender la vida en estos lugares, cuyos recursos han sido limitados.

La economía de sus habitantes ha estado dedicada tradicionalmente a la agricultura y a la ganadería, quedando relegada en la actualidad a esta última. El atraso secular de estas tierras, debido a lo limitado de sus recursos, ha posibilitado la buena conservación del paisaje agrario tradicional, compuesto por multitud de caminos, cercas de piedra, vegetación autóctona y una intensa parcelación del terreno. Además de lo arqueológico, es interesante el tránsito por los caminos, contemplando las circunstancias que han determinado la vida de éste y otros pueblos próximos.



Chamartín. Casa tradicional.



Historia del descubrimiento del castro y de sus investigaciones

Fue descubierto para la ciencia en 1930 por el entonces inspector municipal veterinario del municipio próximo de Santo Tomé de Zabarcos, Antonio Molinero Pérez. Mucho antes, desconociendo su verdadera identidad, los vecinos de Chamartín, lo habían identificado como un lugar antiguo a partir de los hallazgos al cultivar la tierra. Los grandes amontonamientos de piedras procedentes de los derrumbes, les indujeron a denominarlo *Los Castillos*, identificando al recinto más alto como *Castillo Cimero* y al más bajo como *Castillo Bajero*. El nombre de *La Mesa de Miranda* tiene que ver con el carácter de mesa o meseta de la zona que ocupa el castro y con el hecho de que formara parte de la extensa Dehesa de Miranda, de la que fue segregado el castro en los años 80 y vendido al Ministerio de Cultura, su actual propietario. Una pequeña parte del yacimiento arqueológico, la que tiene que ver con la necrópolis, era denominada por los lugareños La Osera, en atención a la frecuente aparición de huesos al labrar los campos. A todos los efectos se le conoce genéricamente como Castro de *La Mesa de Miranda*. Está declarado Bien de Interés Cultural con categoría de Zona Arqueológica, la máxima declaración que la ley contempla para un yacimiento arqueológico.

Antonio Molinero era un incansable aficionado a lo antiguo, aprovechando el contacto con el campo y los campesinos que le daba su condición de veterinario. Fue así como supo de un lugar donde aparecían restos antiguos al cultivar la tierra. Él lo puso en conocimiento de un insigne arqueólogo de aquel tiempo –Juan Cabré Aguiló– y éste, que estaba investigando en el cercano castro de Las Cogotas, se interesó por tan importante yacimiento.

Lo que sabemos hasta hoy procede fundamentalmente de las investigaciones dirigidas por Juan Cabré en colaboración con Antonio Molinero y la hija del primero, Encarnación Cabré de

Morán. Las excavaciones, centradas principalmente en la necrópolis del castro, tuvieron lugar entre los años 1932 y 1934, interrumpiéndose después hasta 1943 como consecuencia de la Guerra Civil y la inmediata postguerra. A partir de ese momento se llevaron a cabo dos nuevas campañas de trabajo de campo: en 1943 y 1944. Desde entonces las investigaciones se han centrado en el reestudio de los datos de Cabré y en pequeñas intervenciones puntuales en los primeros años del siglo XXI.

Los trabajos de Cabré se centraron fundamentalmente en la necrópolis del castro y en algunos puntos de la muralla. Aquella se excavó en su totalidad conocida. De las murallas, la investigación arqueológica afectó a las zonas de puertas y torres que las flanqueaban, así como lo que llamó el *cuero de guardia*, a la entrada misma del complejo amurallado por el tercero de los recintos.

Junto con las investigaciones arqueológicas se han llevado a cabo entre 1999 y el 2004 trabajos de puesta en valor en las zonas y aspectos más esenciales para la mejor comprensión del yacimiento.



Juan Cabré ante una tumba de la necrópolis de La Osera.



Aula arqueológica. Reproducción de vasijas antiguas.

EL Castro de La Mesa de Miranda y su necrópolis de La Osera están declarados Bien de Interés Cultural con categoría de Zona Arqueológica, la máxima consideración que otorga la legislación actual.



Ambientación histórica

Los datos conocidos hasta el momento sitúan la fundación del castro hacia el siglo VI-V a.C. Aunque ello no es definitivo hasta que no se lleven a cabo investigaciones más profundas, partiremos de ese tiempo para describir una ambientación histórica que permita entender mejor el tiempo y los acontecimientos que se vivieron en el castro de La Mesa de Miranda.

■ El tiempo atrás

Antes de la fundación de La Mesa de Miranda, las gentes que venían poblando continuamente esta zona de la Meseta desde el 4000 a.C. habían conocido una lenta evolución, acelerada poco antes de mediados del siglo V a.C.

Todo podría haber empezado hacia el 4500-4000 a.C., al final del Neolítico, con los pequeños grupos de granjeros, que, asentados en las solanas de los bordes de valles pequeños, practicaban una vida agraria dedicados a la agricultura y a la ganadería en un régimen en principio de mera subsistencia. Eran pequeños asentamientos integrados por grupos unidos a través de lazos de sangre, con una organización social basada en un sistema tribal. En ella, multitud de estas pequeñas granjas estaban vinculadas entre sí, siendo el nexo de unión de todas uno o varios individuos con alguna capacidad de convocatoria y de decisión para el conjunto. Su evolución durante los 2.000 años siguientes fue lenta, pero desembocó en un crecimiento demográfico y en el inicio de un proceso de estratificación social como consecuencia del dominio de la técnica de producción y del surgimiento de personajes que tenían más y, como consecuencia de ello, pugnaban por hacerse con las riendas de la organización social, política y económica. Así, desde el 2000 a.C., nacerá lentamente un ambiente caracterizado por la presencia de estos individuos, cuyo poder, basado ya en cierta posesión económica, será la pauta.

En torno al 1000 a.C. la influencia de la Europa continental y de la mediterránea van a dar un impulso nuevo a todo el proceso anterior, produciéndose en la Península Ibérica un cambio muy significativo. La presencia creciente de armas, símbolo de los conflictos y competencias entre gentes y su tráfico, como actividad mercantil por las costas atlánticas y mediterráneas, serán una de las constantes de los nuevos tiempos. Con ello quedarán patentes la existencia de rutas comerciales de importancia, los primeros usos del hierro, la congregación de las gentes en asentamientos de mayor capacidad..., exponentes de una sociedad en movimiento que está a punto de dar el salto definitivo hacia una forma de organización, que es en realidad la base de los tiempos modernos.

En la zona del entorno del castro de La Mesa de Miranda grupos de agricultores y, sobre todo, de ganaderos descendientes sin duda de las gentes que habían poblado estas mismas tierras desde el Neolítico y la Edad del Cobre, vivirán ahora en las cercanías de praderas húmedas, en las riberas de ríos y arroyos y también en algunos casos, en lugares altos e inhóspitos, constituyendo con ello, seguramente, una prueba de la inestabilidad e inseguridad que empezaba a vivirse. La consumación de todo ese cambio se va a producir en la Península Ibérica de forma generalizada desde finales del siglo VI a.C., cuando comienza lo que se llama la Segunda Edad del Hierro. En esta zona de la Meseta, lo que nos toca de ese gran ámbito cultural, se conoce como *Cultura de los Castros*. En ese momento se enmarca la fundación del castro de La Mesa de Miranda.

Se denominan como *castros* a una peculiar forma de asentamientos, generalmente ligados a la Segunda Edad del Hierro, caracterizados por su emplazamiento en altura y por el reforzamiento de sus condiciones defensivas naturales con un sistema de muralla que les hacía de difícil conquista.

El ambiente de la Península Ibérica en el siglo V a.C. no puede entenderse sin recurrir a lo que estaba sucediendo y había sucedido en la Europa continental y mediterránea, esta última, verdadero centro de la vida cultural y política del momento. Cultu-



Plano topográfico del castro.

ralmente la Península Ibérica será, por tanto, el resultado de dos tipos de influencias: la mediterránea y la continental. Consecuencia de ella será un mosaico de pueblos y tendencias.

Dos siglos antes de la fundación de La Mesa de Miranda, la Península Helénica y las numerosas islas del mar Egeo habían conocido una época de gran esplendor político y cultural. Lo mismo puede decirse de Fenicia, cuyos habitantes, expertos comerciantes y marinos, habían contribuido en la Península Ibérica a la creación del mítico reino de Tar-

tessos, en la zona de la desembocadura del Guadalquivir. Tartessos había irradiado su influencia hacia los territorios inmediatos y cercanos, entre ellos el de la Meseta.

En el 750 a.C., en la Península Itálica había sido fundada Roma y desde ese momento, hasta mediados del siglo VI a.C., iría consolidándose en sus raíces hasta convertirse en lo que iba a ser después. Es también el tiempo en que el pueblo etrusco conoce su máximo apogeo. En la zona griega se vivirá un proceso similar. Todo ello creó un ambiente de avance y modernidad en el Mediterráneo que influirá en la Península Ibérica, hasta donde llegan griegos y fenicios. Las zonas próximas a la costa mediterránea serán las más beneficiadas, quedando las del interior en una segunda fila, pero nunca permaneciendo al margen de todo el desarrollo cultural que tenía lugar. Puede decirse que las zonas costeras reciben mayor influencia mediterránea, mientras que las del interior parecen más marcadas por el proceso de celtización continental que viene de Europa. Ésa era la situación cuando

surge el castro de La Mesa de Miranda. Precisamente el hecho de que aparezcan este tipo de emplazamientos, con todas sus características, se debe al ambiente que empezaba a vivirse en la Península Ibérica.

■ Origen del castro de La Mesa de Miranda

Lo mejor conocido hasta el presente de este castro es la parte que corresponde a la Segunda Edad del Hierro, la que coincide con las manifestaciones más monumentales. Pero nada seguro se sabe sobre su verdadero origen. Algunos castros de la zona, como el de Las Cogotas (Cardenosa) o el vecino de Los Castillejos (Sanchorreja) fueron ocupados por primera vez en los comienzos del primer milenio a.C. De La Mesa de Miranda los conocimientos por ahora no son tan profundos como para poder atestiguar un origen similar. Pero no se descarta que el origen tuviera lugar, como en los anteriores, en algún momento de los inicios del primer milenio a.C.

Se sabe con seguridad que durante los siglos IV y III a.C. conoce su máximo apogeo, que pudo iniciarse ya en el siglo V a.C. Los datos aportados por los ajuares de la necrópolis así lo indican.

Mientras se desarrollaba la vida en La Mesa de Miranda, en el mundo más o menos próximo sucedieron hechos muy importantes contemporáneos, por ejemplo:

- En Grecia vive el historiador Herodoto (484-425 a.C.), los dramaturgos Esquilo, Sófocles y Eurípides (finales del siglo VI y siglo V a.C.), los filósofos Platón (427-347 a.C.) y Aristóteles (384-322 a.C.). Es la época del político ateniense Pericles (2ª mitad del siglo V a.C.), de la batalla de Marathón (490 a.C.) en la que los atenienses derrotaron a los persas en el curso de la 1ª Guerra Médica. En pleno apogeo de la vida en el castro, cuando los ajuares de la necrópolis parecen indicar el máximo esplendor, el rey macedonio Alejandro Magno (356-323 a.C.) domina un extenso imperio en Europa y Asia.

- En la Península Itálica a partir del siglo VI a.C. se va a ir forjando una de las culturas y potencias más importantes del Mediterráneo y que más influencia tendrán en la historia de La Mesa de Miranda: Roma. Paralelamente y en competencia con Roma surge el imperio cartaginés (será el tiempo de Aníbal) y la consiguiente competencia y rivalidad entre ambos, algo que dará lugar a las guerras púnicas, la segunda de las cuales traerá a los romanos a la Península Ibérica, iniciándose la conquista que tanta trascendencia tendrá en los castros de la Meseta y que será una de las causas del abandono de La Mesa de Miranda.

■ Los Vettones

Los habitantes de La Mesa de Miranda pertenecían al pueblo vettón, a quien se le atribuyen raíces o connotaciones indoeuropeas. El significado de la denominación vettón se desconoce, tampoco se sabe si ellos se identificaban en conjunto como tales, diferenciándose así de los demás pueblos. Su nombre es conocido a través de las crónicas romanas.

La Península Ibérica era en el siglo V a.C. un mosaico de pueblos y el vettón era uno de tantos. Geógrafos e historiadores romanos contaron en sus crónicas muchos detalles de los pueblos hispanos. Aunque este tipo de fuentes contienen bastantes imprecisiones, al no ser en muchos casos de primera mano, parece que los vettones se extendían por las actuales provincias de Ávila, Salamanca, Cáceres, parte de la de Toledo y posiblemente la zona norte de la de Badajoz. Ello se ha concretado a partir de las descripciones de cronistas como Estrabón, Ptolomeo o Plinio, que a su vez habían manejado fuentes anteriores. Para algunos historiadores el territorio vettón podría haber sido en realidad el área donde se encuentran concentradas las esculturas zoomorfas conocidas como *verracos o toros de piedra*, es decir el circunscrito a las provincias de Ávila, Salamanca, parte de la de Zamora, Norte de Cáceres y parte de la de Toledo. En ese caso la provincia de Ávila estaría en el centro del territorio y del que procede el mayor número de hallazgos de este tipo.

En las crónicas de los conflictos bélicos ligados a la presencia romana en Hispania se describe a los vettones asociados frecuentemente con los vecinos lusitanos, pero también con otros pueblos limítrofes de la cuenca del Duero, como vacceos y celtíberos, siempre en coalición contra los romanos. La asociación con los lusitanos parece que era más frecuente. En numerosas ocasiones, acuciados por la necesidad y las desigualdades sociales, grupos de vettones y de lusitanos saquearon ciudades ricas del Guadalquivir bajo el dominio romano. Estos hechos motivaron campañas de castigo e incluso pretextos para guerras organizadas, como las Guerras Celtibéricas que se desarrollaron entre los años 155 y 133 a.C., finalizando con el sometimiento de los pueblos del interior, entre ellos, el vettón.

El historiador romano Plinio en el siglo I citó la existencia de una planta denominada *hierba vettónica* cuyos poderes curativos eran muy conocidos. Evidentemente, con tal denominación debe entenderse que era propia del territorio vettón. Se sabe de su uso al menos hasta el siglo V. Era utilizada como remedio para las mordeduras de serpientes, de mono y de hombre, contra los dolores de pecho y costado, como bebida digestiva, para cortar el lagrimeo, contra las hemorragias nasales... etc.



Hierba vettónica.

■ Hechos históricos por los que pasaron los vettones

Las fuentes históricas y las arqueológicas unidas han permitido a los investigadores reconstruir la historia que pudo afectar a las gentes vettonas durante la segunda mitad del primer milenio a. C. Las gentes que vivieron en el castro de La Mesa de Miranda conocieron esos hechos. Para imaginar mejor la realidad que tuvo que vivirse haremos un repaso de aquellas circunstancias que determinaron en buena medida la vida y los componentes del castro.

Roma y Cartago eran las dos potencias más importantes en el Mediterráneo durante el siglo III a.C. Ello motivó su inevitable colisión, puesto que los intereses de ambas eran expansionistas y giraban en torno a los mismos presupuestos. Por estas causas surgieron las llamadas guerras púnicas, la primera de las cuales tuvo lugar en el 264 a.C., finalizando en el 241 a.C., sin que se vea afectada la Península Ibérica por las operaciones militares. Antes de esa fecha el castro de La Mesa de Miranda ya había sido fundado y previsiblemente estaban al tanto de la existencia de ambas potencias y de sus litigios,



Ajuar de una tumba. (Foto J. Cabré).

sobre todo porque la presencia cartaginesa, en forma de expediciones comerciales y de colonias en la costa levantina y andaluza, hacía que llegaran sus productos e influencias hasta las tierras del interior.

Entre la primera Guerra Púnica y la segunda habrá un periodo de paz en el cual Cartago inicia la conquista de la Península Ibérica, acuciado por la crisis desatada tras su derrota. Eso sucede a partir del 237 a.C. Ello implicó una serie de operaciones que pondrán en guardia a toda la población hispana, pero sobre todo a la zona sur, sur-este y costa levantina, que será conquistada. Es el momento en el que aquellos asentamientos, fuera de la zona de máximas operaciones que no tuvieran murallas, las construirán a toda prisa como prevención ante la conquista por parte de un enemigo poderoso. Es la época de los generales cartagineses Amílcar, Asdrúbal y Aníbal. Será precisamente Aníbal quien lleve a cabo una serie de expediciones a la Meseta que sin duda debieron afectar a lugares como el castro de La Mesa de Miranda, puesto que llegó hasta territorio de los vacceos, en el Valle del Duero. Por el momento no conocemos con datos fehacientes si estas expediciones militares tuvieron algún efecto sobre el castro. El hecho de que lo tuviera en la vecina *Helmantiké* o *Salmantica* (actual Salamanca) con el saqueo de la ciudad en el 220 a.C., hace previsible la idea de que lo tuviera también en La Mesa de Miranda.

Entre el 218 y el 202 a.C. romanos y cartagineses van a enzarzarse de nuevo en una guerra, será la conocida como Segunda Guerra Púnica, en la que uno de los escenarios es la Península Ibérica, un territorio codiciado por ambos. De esta forma en el 218 a.C. desembarca en Ampurias Cneo Escipión iniciándose la conquista romana de la Península Ibérica, que finalizará casi 200 años después. Será en ese periodo de tiempo cuando el castro de La Mesa de Miranda viva su etapa más trascendental.



Exvoto de guerrero vetón.



Ganada la guerra y expulsados los cartagineses finalmente de la Península y eliminada por tanto su base de sustentación y competencia con Roma, la conquista romana será un hecho lento y progresivo, en principio, con el pretexto de liberar a los nativos del yugo cartaginés. El avance de la conquista fue de este/sur-este a oeste/sur-oeste. Una de las mayores preocupaciones de los romanos era la de asegurar el territorio conquistado y su consiguiente explotación económica. Lo era porque con frecuencia pueblos de la Meseta, entre los que se encontraban fundamentalmente los lusitanos y los vettones, solían hacer expediciones de saqueo a las ricas ciudades del Valle del Guadal-

quivir, dominadas por los romanos. Las desigualdades sociales en los pueblos meseteños, la precariedad de los recursos, a veces limitados por el crecimiento demográfico, mantenían vivas las tradiciones guerreras de estas gentes, entre las que se encontraban los habitantes de los castros abulenses en el entorno de la actual ciudad de Ávila. Son significativos al respecto los textos de autores antiguos como Diodoro de Sicilia y Estrabón.

Diodoro comenta lo siguiente:

“...hay una costumbre muy propia de los iberos, más sobre todo de los lusitanos y es que cuando alcanzan la edad adulta, aquéllos que se encuentran más apurados de recursos pero destacan por el vigor de sus cuerpos y su denuedo, proveyéndose de valor y de armas, van a reunirse en las asperezas de los montes; allí forman bandas considerables que recorren Iberia, acumulando riquezas con el robo, y ello lo hacen con el más completo desprecio a todo...”

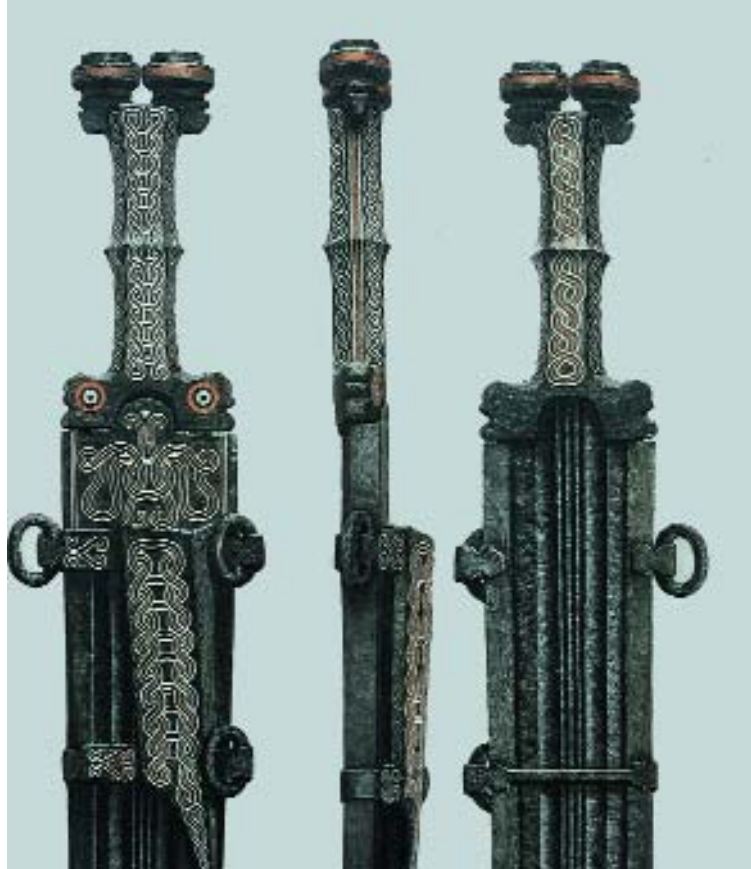
Estrabón describe a estas tribus así:

“...las que habitan un suelo pobre y carente de lo más necesario, habían de desear los bienes de los otros (...).La mayor parte de estas tribus han renunciado a vivir de la tierra para medrar con el bandidaje, en luchas continuas mantenidas entre ellas mismas o, atravesando el Tajo, con las provocadas con las tribus vecinas (...).Como éstas tenían que abandonar sus propias labores para rechazar a los de las montañas, hubieron de cambiar el cuidado de los campos por la milicia y, en consecuencia, la tierra no sólo dejó de producir incluso aquellos frutos que crecían espontáneos, sino que además se pobló de ladrones...”.

Este ambiente, fuera demasiado exagerado o no por los cronistas, tuvo que implicar a las gentes de La Mesa de Miranda, emplazadas en una zona donde los recursos no son demasiado abundantes como para soportar problemas tales como sequías, guerras o bruscos aumentos de la población.

Al menos desde el 194 a.C. hay constancia de expediciones de saqueo lusitanas a la zona del Guadalquivir. Es probable que los vettones, a menudo aliados de los lusitanos, participaran en ello. Este clima de inestabilidad que propiciaban, provocó la reacción de los romanos, que entre otras cosas tuvieron un pretexto para llegar hasta la Meseta y tomar conciencia de los recursos que podían serles útiles. Así, hay campañas diversas como las de los pretores L. Postumio Albino y Tito Sempronio Graco en el 180 a.C. contra los lusitanos. Esta expedición militar no se conoce en cuánto y en qué pudo afectar al castro de La Mesa de Miranda. Aun en el caso de que no hubiera tenido participación directa en los hechos, el clima de inseguridad tuvo que afectarle. Muy probablemente a este tiempo y a sus circunstancias corresponde la construcción del tercer recinto amurallado que





Espada con damasquinado. (Foto J. Cabré).

implicaba aún más posibilidades de seguridad para los habitantes del castro, algo que da idea del ambiente y de los temores que se vivían.

Entre el 155 y el 133 a.C. tienen lugar las llamadas Guerras Celítico-Lusitanas en las que los vettones van a jugar un papel importante al lado de los lusitanos. Con toda seguridad grandes asentamientos como el castro de La Mesa de Miranda hubieron de participar de todas las formas posibles en la contienda, tanto aportando guerreros como sufriendo las consecuencias de la guerra, en medio de un clima de inseguridad que queda patente en su sistema defensivo. Éste va a ser el tiempo del caudillo lusitano Viriato que tantos problemas dio a los romanos. Todo había empezado por la frecuencia, de nuevo, de los saqueos lusitanos



Lienzo sur del primer recinto antes de su restauración.

y vettones en el sur a partir del 155 a.C. Posiblemente ésa será la causa principal de las primeras refriegas, una de las cuales supone la severa derrota del ejército del pretor L. Manlio, con 9.000 bajas, a manos de la coalición lusitano-vettona mandada por el caudillo Púnico.

En el 150 a.C. el pretor Galva, bajo la promesa de repartir tierras, reúne a 30.000 lusitanos, entre los que previsiblemente había también vettones, pues las condiciones de vida eran las mismas y actuaban asociados en todo, aunque fueran pueblos descritos como distintos. Les reúne en tres campamentos, les convence de su desarme y ordena la matanza de muchos de ellos y la esclavización del resto. Ello supone de nuevo un acrecentamiento de la tensión. La indignación lusitana (y previsiblemente también vettona) va a encumbrar a Viriato y con él el hostigamiento continuo a las tropas romanas a partir del 147 a.C. y durante los seis años siguientes, aliado con los pueblos vecinos. Este tiempo hubo de ser el de máxima inseguridad para el castro de La Mesa de Miranda, conectado con otros castros del entorno, para hacer frente común a los ejércitos romanos, en teoría más poderosos en la lucha a campo abierto.



Segundo recinto. Detalle del campo de piedras hincadas.

En el 139 a.C. es asesinado Viriato. En el 138 a.C. el romano Décimo Junio Bruto lleva a cabo una campaña militar llegando victorioso hasta el otro lado del Duero. Ello implica que el territorio vetón quedaba bajo el control romano desde ese momento. Aunque las guerras celtíbero-lusitanas no van a terminar hasta el 133 a.C. con la toma de Numantia, puede pensarse que castros como el de La Mesa de Miranda van a conocer en este momento una situación crucial en su historia. Las futuras investigaciones aclararán si la victoria romana se produjo por la vía diplomática, a través de la rendición pactada, o por la fuerza, lo cual tuvo que provocar grandes desastres. En cualquier caso hubo de vivirse una situación difícil que fue o bien el final del castro, o el principio de un fin que se produciría casi un siglo después. Las excavaciones del año 2004 en el foso del primer recinto revelaron la colmatación de éste con los derrumbes de la muralla llegando hasta la base, lo cual podría indicar que las murallas fueron derribadas, sea en este momento o poco después.

Muchos de los establecimientos vettones prerromanos van a seguir habitados, aunque ya bajo el control romano. Otros serán desalojados y desplazada su población e incluso aniquilada, puesto que



Lienzo sur del primer recinto antes de su restauración.

la venganza por ese procedimiento de los vencedores solía acarrear tales acciones. Es probable que el castro de La Mesa de Miranda no fuera desalojado inmediatamente, aunque sí inutilizado para evitar problemas. Si fue de ese modo, su decadencia se inició en estos momentos y puede que fuera paulatina hasta las Guerras Civiles, a partir de las cuales se habría producido su definitivo abandono.

Si La Mesa de Miranda permanecía habitada todavía entre el 82 y el 72 a.C., hubieron de conocer las llamadas Guerras Sertorianas, la primera parte de las Guerras Civiles que enfrentaban por el poder a dos facciones dentro del seno del Imperio Romano. En las Guerras Sertorianas el enfrentamiento era entre los partidarios de Sila y los de Mario. Sertorio, partidario del segundo, organizó en Hispania un ejército de romanos y lusitanos, en el que previsiblemente estarían también los vettones, menos protagonistas siempre por la mayor importancia de los lusitanos. Se piensa que Sertorio fue capaz de captarlos para su causa, por la esperanza de respiro que suponía en la asfixia explotadora a que se estaba sometiendo a los pueblos de interior, de por sí ya expuestos desde siempre a la precariedad habitando tierras pobres. La derro-



Muestras para encaje de otros cuerpos en la muralla del cuerpo de guardia.

ta de Sertorio hubo de suponer un agravante de la situación, con claros reflejos en La Mesa de Miranda.

Y, si tampoco fue abandonado a raíz de aquella derrota, lo sería sin duda a partir del fin de la segunda guerra civil, que se libró entre el 49 y el 44 a.C. en Hispania, entre los partidarios de César y Pompeyo.

Si los datos que conocemos hasta el momento son ciertos, será, como muy tarde a partir de ahora, cuando castros como La Mesa de Miranda sean abandonados. Lo serán en favor de pequeños asentamientos en zonas llanas cercanas a los ríos, sin preocupación defensiva natural, sin defensas artificiales, constituyendo la historia de un tiempo nuevo en el que sin duda no van a dejar de ser vettones, pero serán ya vettones romanos, vettones integrados en el sistema político, administrativo y económico del Imperio Romano.

El castro de La Mesa de Miranda empezaría a convertirse paulatinamente desde aquellos momentos en un yacimiento arqueológico, en un cúmulo de ruinas en proceso de cubrición por el tiempo y por la naturaleza, olvidándose su memoria hasta que A. Molinero lo descubra. Tanto se perdió su memoria que no ha quedado la menor noticia del nombre por el que era conocido cuando era una verdadera ciudad de la antigüedad.



Guía para la visita del castro de La Mesa de Miranda

■ **Cómo llegar al castro**

Acceso pedestre: Al norte del casco urbano de Chamartín, parte un camino angosto a la izquierda de la tapia del cementerio. Este camino, con algunas interrupciones que pueden despistar, lleva al castro siguiendo dirección norte. Recorre una distancia de unos 2 km en la que va haciéndose más profuso el campo de encinas centenarias. Constituye un paseo saludable en el que la contemplación del paisaje adhesado de encinas supone un atractivo adicional. El camino desemboca en las inmediaciones de un mirador construido sobre rocas que permite la primera contemplación panorámica del acceso sur y este del castro. Ruta apta para hacerla con niños.



Peña Caballera

Es aconsejable iniciar la visita recorriendo el interior de los recintos amurallados y finalizarla por la necrópolis. De esa forma se entiende mejor el orden de los acontecimientos de la vida humana: primero la vida y luego la muerte. Para ello, una vez que se ha accedido al área del yacimiento, es preciso buscar la entrada al tercer recinto (prácticamente inmediata al aparcamiento), iniciándose la visita desde ese punto. La necrópolis se visita saliendo por este mismo lugar.

Todo lo visitable se encuentra señalado, de forma que existe una explicación básica ilustrada en cada punto de interés. Si se prefiere seguir la ruta creada expresamente para el visitante, puede seguirse el curso de una senda señalizada con pequeñas balizas metálicas a ras de suelo indicando la dirección. Ellas conducen a cada uno de los puntos de interés y a los atriles que contienen información.

La visita es gratuita

Acceso con vehículos: A través del camino de tierra compactada que parte a la derecha de la tapia del cementerio. Es transitable para turismos y microbuses de ancho limitado. Recorre unos 3 km en medio de campos de encinas con aspecto apacible, frecuentes afloramientos graníticos y cercas de piedra antiguas. Desemboca en la puerta de acceso al castro. Este acceso puede hacerse igualmente a pie. Es algo más largo que el anterior pero igualmente acogedor y apacible. Apto para viajar con niños.

■ Generalidades

El castro de La Mesa de Miranda se encuentra a una altitud de 1.130 m sobre el nivel del mar, ello implica una diferencia de altitud general con respecto a las tierras llanas del norte, en torno a los 150 m a favor del castro.

Consta de dos partes: el área urbana y la necrópolis, ambos interrelacionados temporal y espacialmente, puesto que una parte de la necrópolis se encuentra dentro de uno de los recintos amurallados, producto de la expansión del poblado a costa de la necrópolis. La necrópolis está excavada en su totalidad. Del área urbana sólo se ha investigado en una parte de la muralla, permaneciendo todo lo demás por descubrir y estudiar. Por tanto el visitante, en su paseo por los recintos amurallados, previsiblemente está pisando sobre algunas de las viviendas y demás construcciones habitadas en su día del castro. Otras muchas pueden haber desaparecido como consecuencia de los trabajos agrícolas previos al descubrimiento del castro.

Todos los elementos hallados y estudiados hasta el momento, fundamentalmente en la necrópolis, sitúan la vida en el castro entre el siglo V a.C. y el II-I a.C. Pero no es descartable un origen anterior, como asentamiento más pequeño que iría creciendo hasta llegar a su apogeo en los tres siglos finales del primer milenio a.C.



Encinas en flor durante la primavera y vista de las tierras llanas al norte del castro.

Como es habitual en los asentamientos del fin de la Edad del Hierro, fue perfectamente ideada su elección. Es un emplazamiento claramente defensivo que da idea de la inestabilidad que se vivía en los últimos siglos del primer milenio antes de nuestra era. Se trata de la meseta formada en la confluencia de dos arroyos –*Matapeces* por el oeste y *Ribondo* por el este– cuyos cauces, muchos miles de años atrás, excavaron una profunda cárcava con desniveles en torno a los 100 m de altitud y pendientes del 45% en el caso del arroyo Matapeces. Ello da idea de lo estudiada de la elección. Entre los dos cauces conforman la plataforma sobre-elevada (*mesa*) y dominante sobre los entornos norte y oeste, denominada *La Mesa de Miranda*, conocida en otro tiempo en el pueblo de Chamartín como *Los Castillos*, interpretando los habitantes del lugar que los monumentales restos de murallas de los tres recintos obedecían a uno o varios castillos.

Por el sur no hay protección natural, lo cual implica dos hechos fundamentales: que el acceso principal en condiciones normales se hacía por este lado y que la facilidad de acceso implicaba obligatoriamente crear un sistema defensivo de mayor envergadura, como en realidad se hizo.

Además del aspecto defensivo, la posición geográfica general del castro es favorable a dos tipos de aprovechamiento: el ganadero en todo lo que se refiere a las tierras de las estribaciones de la Sierra de Ávila (al sur, este y oeste) y el agrícola, en las llanuras inmediatas del norte, aptas para el cultivo de cereal. Por tanto su economía potencial debió basarse en la ganadería y en la agricultura; de esta última dan buena cuenta los numerosos molinos circulares que se hallan con frecuencia desperdigados por el castro.

■ El recinto urbano

El conjunto del complejo amurallado tiene una extensión total de 29,1 ha, según los cálculos de J. Cabré, E. Cabré y A. Molinero. A partir de la percepción de tantas ruinas y de su envergadura, era conocido en Chamartín como *Los Castillos*, distinguiendo dos: el *Castillo Cimero* o *Somero* (segundo recinto) por aparentar más



Es muy importante tener siempre presente el esquema de los distintos recintos para situarse en las informaciones que se van dando.

alto y el *Castillo Bajero* (primer recinto), más bajo por su inclinación hacia el norte que el segundo.

El emplazamiento del castro, así como sus defensas, fueron planificadas concienzudamente de acuerdo con la morfología del terreno en todos sus trazados, garantizando la defensa de cada espacio concreto y todos del conjunto.

Consta de tres recintos amurallados, adosados unos a otros, de forma que se ayudan entre ellos a la defensa general. Al primero se le adosa el segundo por el lado sur, y a éste el tercero, cubriéndole todo el flanco éste al segundo y a parte del primero.

No son contemporáneos los tres, pertenecen a distintas etapas sucesivas. Esto es observable a través de la técnica constructiva y del material empleado. La secuencia temporal parece haber sido la misma que el orden de denominación. Las interpretaciones más actuales indican que el origen del asentamiento amurallado se basó en un único recinto, el primero, construido en algún momento de finales del siglo V a.C. A éste se le adosó el segundo, tal vez en época previa a la conquista romana, a finales del siglo III a.C., durante los peligros que implicaron las campañas de los cartagineses a la Meseta Norte, de los que buena muestra fue el histórico ataque de las tropas de Aníbal a *Helmantica* (Salamanca) en el 220 a.C. Esta teoría no es definitiva, ya que la construcción del segundo recinto hubiera implicado desde el principio utilizar adecuadamente la morfología natural del terreno disponible, sin dejar posibilidades ni dar facilidades ante un ataque del enemigo. Con la construcción del segundo se reducen las posibilidades a los atacantes.

A los dos anteriores debió añadirse el tercero, tal vez al final de

la conquista romana, durante las Guerras Celtíbero-Lusitanas que terminaron con la dominación de los vettones hacia el 133 a.C. Existe también la posibilidad de que este último reforzamiento tuviera lugar durante las Guerras Civiles romanas del siglo I a.C., en las que los vettones tuvieron una significativa participación al lado de uno de los bandos. Ello en el supuesto de que estos castros, ya bajo el dominio romano, permanecieran ocupados todavía, algo que parece muy probable pero que no está totalmente probado. Los asentamientos romanos que se conocen de nueva fundación en toda la zona se fechan en el siglo I d.C., lo cual puede coincidir con el abandono masivo de los castros de la zona y el inicio de una nueva forma de organización, tal vez a partir de la reforma de Augusto, una vez conquistada toda la Península Ibérica.

Aunque unido a otros castros del entorno por afinidades, intereses y pactos de todo tipo, el castro de La Mesa de Miranda debió ser un lugar autónomo, una especie de ciudad-estado con su propio territorio. La proximidad a los castros de Las Cogotas, Ulaca y Los Castillejos hubo de significar algún tipo de relación de identidad y complicidad. Los cuatro están interrelacionados visualmente de alguna manera, de forma que podrían comunicarse rápidamente entre los cuatro y hacer, por ejemplo, defensa común, si era preciso.

En algunos puntos la muralla ha sido reconstruida en una o dos hiladas para dar una sensación más cercana de cómo fue. El visitante puede distinguir lo reconstruido, de lo antiguo, a través de una línea de pequeñas perforaciones coloreadas en marrón, sólo visible desde muy cerca.



Secuencia de la visita

■ El tercer recinto

Tiene una superficie de 10,5 ha, es rectangular y paralelo a la muralla oriental del segundo recinto. Por el norte no remata adosándose a ningún otro muro, sino que muere en el inicio de la fuerte pendiente al arroyo Rihondo. Lo inclinado de la pendiente y su profundidad hacían innecesario cerrar con una muralla por ese punto.

Tuvo tres puertas, cada una de ellas de distinta envergadura. La más importante –la sur– constituye un pasillo de poca anchura, formado por la muralla, y lo que llamó J. Cabré *cuerpo de guardia*. El cuerpo de guardia es un lienzo rectilíneo exento, que remata en dos torres cuadrangulares en los extremos, una de las

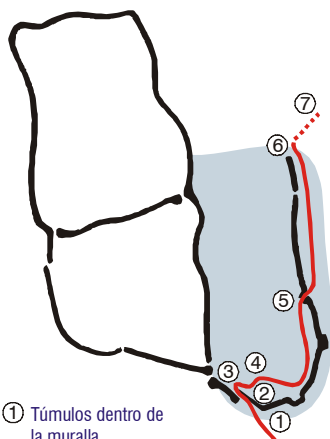


Cuerpo de guardia y acceso al tercer recinto.

cuales, la que se aproxima al segundo recinto se encuentra completamente desdibujada. Toda la estructura estaba compuesta en ambas caras por un zócalo de piedras ciclópeas de distinta factura y, con objeto de macizarlo, relleno de piedras de corte irregular, más menudas. Su disposición contribuía eficientemente a la defensa meridional del tercer recinto, evitando un ataque frontal al acceso.

Con el pasillo que formaban muralla y cuerpo de guardia, de 11,50 m de largo por 4,70 m de ancho, se pretendía encajonar entre dos muros a los invasores, hostigándolos desde ambos lados.

Siguiendo el recorrido de la muralla, primero en dirección este y luego



- ① Túmulos dentro de la muralla
- ② Túmulos funerarios anteriores a la muralla
- ③ Muro ciclópeo del cuerpo de guardia
- ④ Fragmento de toro de piedra
- ⑤ Puerta en pasillo
- ⑥ Zona final de la muralla
- ⑦ Zona de las cascadas



Piedras ciclópeas del cuerpo de guardia.



Restos del muralla del tercer recinto en su tramo final.

sur, pueden reconocerse dos puertas más, una muy evidente en pasillo estrecho, y otra, al parecer, una especie de portón de 2 m de ancho que conserva el gozne para la puerta. El ancho general de la muralla oscila entre los 5 y 5,50 m.

Excepto en la zona del principal acceso, la muralla del tercer recinto se conserva únicamente en el zócalo, que es ciclópeo. La ausencia de un derrumbe generalizado ligado a la muralla podría estar relacionado, bien con el expolio de la piedra por los campesinos para la construcción de cercas o, como sucede en el castro de Ulaca, porque no fue concluida la fortificación. Ello daría idea de que el peligro que motivaba esta nueva fortificación era tan real como se presuponía.



Tercer recinto. Restos de un toro de piedra.

El tercer recinto es el más reciente de los tres de que consta el castro. Pudo ser construido poco antes o durante las Gue-



Entrada al tercer recinto.

rras Celtibérico-Lusitanas (155-133 a.C.) que culminan con la conquista romana de estas tierras o durante las Guerras Civiles posteriores a la conquista que tuvieron lugar durante el siglo I a.C.

Una prueba inequívoca de su posterioridad respecto de los otros dos es, además de la distinta factura del aparejo, el hecho de que parte de la necrópolis quedara dentro del tercer recinto. Los túmulos circulares de piedras que se aprecian inmediatos a la cara interior del flanco sur son claros indicadores de la invasión de parte de la muralla de la necrópolis. Aún más evidente, si cabe, es el caso de los dos túmulos sobre los que se colocó la



Muralla del tercer recinto.



Muralla ciclópea del tercer recinto.

muralla en la zona de la entrada sur. Didácticamente J. Cabré reconstruyó allí la muralla dejándolos vistos y exentos.

El interior no parece muy adecuado, en general, para la habitación. Por otro lado, ocupaba parte de la necrópolis, por lo que puede pensarse que se construyó como un impedimento más en el asalto a las zonas principales del castro o, además de esto, para disponer de un espacio más donde guardar los ganados en caso de asedio.

En este lugar apareció un fragmento de escultura zoomorfa de piedra que se encuentra expuesta sobre un pedestal. Representa a un toro y parece similar al ejemplar expuesto en la plaza de Chamartín.

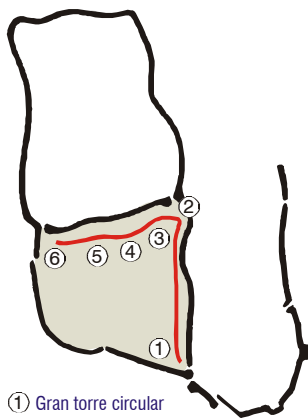
Puede resultar entretenido, sobre todo si se lleva a cabo la visita con niños, seguir la línea de la muralla en su discurrir al norte, ya que hay que ir descubriendo entre el carrascal, a base de reconocer, generalmente, una sola hilada. Finalizado el trazado puede accederse al cauce del arroyo, que discurre bruscamente formando cascadas en invierno y primavera.

■ El segundo recinto

Se adosa, como una prolongación aproximadamente rectangular, al primer recinto por la zona sur, uniéndose a éste a través del lienzo de muralla rectilíneo que va de oeste a este. Tiene una superficie de 7,1 ha y cierra completamente un espacio necesario para la defensa del recinto principal.

En la visita señalizada se accede desde el tercer recinto por un espacio ampliamente abierto que constituyó una puerta. A partir de este momento el segundo recinto aparece como una gran explanada.

Por el noreste, la muralla parte de una **torre circular** enfrentada a



- ① Gran torre circular mirador
- ② Puerta cegada del 1º recinto
- ③ Muralla y antemuralla
- ④ Foso
- ⑤ Campo de piedras hincadas
- ⑥ Puerta 1º recinto



Torre circular del segundo recinto.



Segundo recinto. Cara interna de la muralla en la torre sur.

otra similar en que remata el primer recinto. Discurre paralelo al borde de una vaguada, haciendo el efecto de foso descendente hacia el norte que aumenta las posibilidades defensivas. Sólo es bien visible la muralla en los dos extremos norte y sur, en el resto se reconoce al borde del desnivel como un derrumbe con algunos tramos visibles del alineamiento. El remate meridional de este lienzo se resuelve en una torre cuadrangular o rectangular a la que se opone, formando un acceso y otra circular de gran envergadura. Esta última constituye un bastión que enlaza, defensivamente, con uno de los extremos del llamado cuerpo de guardia. En lo alto de dicha torre hay un mirador con información desde el que se ve parte de la necrópolis y se comprende mejor el acceso principal al tercer recinto.

Un detalle importante de la gran torre es el sistema de fortificación en forma de muralla y antemuralla adosadas, componiendo una especie de escalón similar al que se aprecia en el lienzo sur del primer recinto.

En la cara interna de la torre sureste pueden apreciarse los grandes bloques de piedras que aumentaban su consistencia.

Los lienzos sur y oeste están sin excavar y se muestran en una parte como un abultamiento continuo, sólo interrumpido por lo que parecen ser dos puertas de escasa entidad. Si se siguen hasta la unión con el primer recinto, puede verse el paisaje de la topografía descendente al arroyo Matapeces y por tanto la configuración del recinto de acuerdo con la morfología del terreno. Aunque no es bien visible, hay un pequeño campo exterior de piedras hincadas en las intersecciones entre el lienzo sur y el oeste.

El aparejo de la muralla de este segundo recinto no es ciclópeo excepto en algunos tramos, por ejemplo en la cara interna de la torre circular, donde fueron dispuestas varias hiladas de grandes piedras.



Campo de piedras hincadas en la zona de la puerta oeste del primer recinto.



Corte en el foso.
El fondo aparece relleno por los derrumbes

En el extremo norte, inmediato al primer recinto, se ven algunos de los complementos para la defensa de la muralla sur del primer recinto: el campo de piedras hincadas y el foso. **Los campos de piedras hincadas** consistían en crear una superficie de difícil acceso y desenvolvimiento para la infantería y, sobre todo, para la caballería enemiga. Se construía siempre en los puntos más vulnerables, por ejemplo, en el entorno de las puertas. Son lajas de piedra, a menudo puntiagudas, enterradas en parte en el suelo, que emergen a la superficie verticalmente o inclinadas. En este segundo recinto están localizados en el entorno de las dos puertas oeste y este de la muralla sur del primer recinto. Son más evidentes en todo el área que antecede a la puerta oeste.

El foso fue un complemento del campo de piedras hincadas para la defensa del flanco sur de la muralla del primer recinto. Por tanto, como aquéllas, está empla-

Dos puntos muy favorables para la visualización del campo de piedras hincadas están en lo alto de la torre suroccidental de la puerta oeste del primer recinto, a la que se accede penetrando por dicha puerta y ascendiendo desde el interior. Otro punto desde el que la visión es óptima es desde la mitad occidental de la misma muralla sur del primer recinto.



Explanada del segundo recinto.

zado en el segundo recinto, pero defiende la muralla del primero. El foso es un socavón paralelo a la muralla, llegando hasta las dos torres que flanquean las puertas oeste y este. Según los sondeos realizados recientemente en él, tuvo una profundidad en torno a los 4-5 m. Se encuentra colmatado casi en su totalidad por el derrumbe de la muralla del primer recinto. Este hecho puede ser interpretado como consecuencia de la decadencia paulatina de las murallas, una vez abandonado el lugar, o provocado por el sometimiento del castro y con ello la consiguiente inutilización de sus defensas.



Foso. Acumulación de derrumbes.

El foso se localiza con facilidad por un suave desnivel, continuado en el terreno, inmediatamente delante de la muralla del primer recinto, sobre todo en la parte central.

No se conocen con exactitud ni la utilidad de este segundo recinto ni su cronología. Podría haber sido construido con posterioridad al primero, como necesidad de ampliación del espacio del castro o para evitar la existencia de una explanada favorable al asedio delante del recinto principal. A favor de la simultaneidad de este recinto con el primero, estaría el hecho de que la necrópolis quedaba con claridad fuera de ambos. Para algunos autores antiguos la utilidad de los segundos recintos tenía que ver con el encierro del ganado. La excavación en el del castro de Las Cogotas mostró la existencia de un alfar y con ello la posibilidad de que fueran lugares donde se desarrollaban determinadas actividades, además de que pudieran ser utilizados como vivienda o encerraderos de ganado.

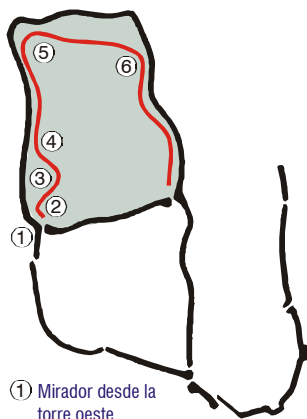
■ El primer recinto

Se interpreta como el más antiguo, el que habría inaugurado la ocupación del castro. Sin embargo éste es un hecho a comprobar, ya que el primero y el segundo, concebidos a la par, habrían conformado desde el principio una defensa mejor organizada del conjunto del castro. Comparativamente, la diferente factura de la muralla en algunos puntos podría obedecer también a reformas, reforzamientos, etc.

Tiene una superficie de 11,5 ha, íntegramente cerrado por una muralla. Su recorrido se adapta totalmente y con toda exactitud a la topografía del terreno. Por el norte, este y oeste va al borde de la pendiente, que en algunos casos desciende 100 m. Por el sur, las excavaciones recientes han mostrado que la muralla aquí se adaptaba a un resalte del terreno, lo cual, complementado con el foso, producía una diferencia de altura que acentuaba mejor la defensa. Si a ello se unen los campos de piedras hinc-

das, ya mencionados, y otro, extra-muros, en la zona de la puerta oeste, tendremos que las defensas del primer recinto constituían un impedimento de gran trascendencia para su conquista. Evidentemente se trataba de la zona más importante del castro.

El ancho total de la muralla en el flanco sur está en torno a los 5 m. La fortificación estaba compuesta, al menos en la zona entre las dos torres extremas que definen las puertas, por una **muralla** y una **antemuralla**, ambas unidas y formando una especie de escalonamiento. Se trata del



- ① Mirador desde la torre oeste
- ② Mirador del encinar
- ③ Restos de una casa
- ④ Mirador del escarpe oeste
- ⑤ Mirador de la zona llana al norte
- ⑥ Percepción del derrumbe de la muralla al borde del escarpe



Acceso oeste al primer recinto.



Lienzo sur del primer recinto restaurado.

mismo sistema empleado para la defensa de la torre sureste del segundo recinto. Teniendo en cuenta que para acceder por este lado había que superar primero el foso, la antemuralla implicaba un obstáculo complementario para abordar la muralla propiamente dicha, a la vez que daba estabilidad al conjunto. Ambas, muralla y antemuralla, no eran muros totalmente verticales, sino que guardaban una cierta inclinación hacia el interior para evitar su derrumbe.

La factura constructiva que caracteriza a la muralla de este recinto no es ciclópea. Está compuesta por un **aparejo** de piedra en seco colocada a espejo, formando hiladas horizontales muy bien dispuestas. Evidentemente hay una notable diferencia con los aparejos ciclópeos del segundo y, sobre todo, del tercer recinto, lo que ha motivado la hipótesis ya aludida de su posterioridad.

Previsiblemente la muralla tuvo más envergadura en la zona sur y en el entorno de las puertas. En el resto, la fuerte pendiente por

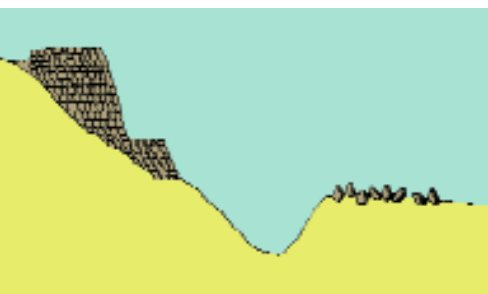


Puerta oeste del primer recinto desde el interior.

sí misma era ya un elemento defensivo de primera importancia, por lo que no hizo falta una construcción de mucha magnitud. Aún así puede seguirse su trazado sobre la observación de hiladas que se aprecian en el suelo al borde de la pendiente.

Dos **puertas** permitían el acceso al primer recinto, ambas en los extremos del flanco sur. La oeste fue cegada en algún momento de la vida del castro, seguramente ante el peligro que representaba tenerla que defender. Es un detalle curioso e interesante, tal vez relacionado con los últimos acontecimientos que se vivieron. Ambas puertas estaban flanqueadas por torres circulares, dejando que el espacio de acceso fuera un pasillo estrecho, concebido para encajonar a los invasores.

Sin duda, se trataba del lugar más importante del castro, donde se encontraban el grueso de las **viviendas**. J. Cabré excavó en su día una completa y otras dos, parcialmente. Tan escasas investigaciones no permiten conocer apenas aspectos de arquitectura



Corte transversal de la fortificación en el primer recinto.

doméstica ni de la organización urbanística. La construcción excavada completa estaba adosada a la muralla e inmediata al lado derecho de la entrada oeste. Era aproximadamente cuadrangular, sin compartimentaciones y con una superficie de 48,7 m². Tal vez se trató de algún tipo de edificio muy sencillo destinado a la vigilancia de la puerta. Se observa en ella la

presencia parcial de un suelo de barro y ceniza. Cabré excavó parcialmente otra, con forma rectangular y una superficie de 51,8 m². Está cerca de la muralla occidental, en los primeros tramos de ésta. Sólo se conserva la primera hilada del zócalo y no se cita ninguna división interior. Finalmente, Cabré delimitó exteriormente un edificio inmediato a la muralla sur, cuya factura no se parece a las dos construcciones antes descritas. Su posición preeminente dentro del recinto, en la zona más alta, y las características de su construcción hacen pensar en la posibilidad bien de una construcción doméstica correspondiente a un personaje de entidad, o bien en un edificio de carácter público.



Reconstrucción del ambiente en una puerta.



Puerta sur-este del primer recinto cegada en época del castro.

La muralla se encuentra visible en su aspecto antiguo y restaurada sólo en el flanco sur y, dentro de él, en la mitad este y en el entorno de la puerta oeste. Toda la zona se contempla mejor desde el segundo recinto, al ser visible el conjunto de defensas: murallas, campos de piedras hincadas y foso, éste colmatado, pero apreciable por el desnivel del terreno.



Vista del desnivel desde el castro en la zona oeste.



Ladera del primer recinto por el norte.

Se conoce, pues, poco de lo doméstico y lo urbano en La Mesa de Miranda. Tal vez pueda extrapolarse algo de lo mejor conocido en los castros próximos de Las Cogotas, Ulaca o Los Castillejos. Según aquellas evidencias, las construcciones domésticas eran de planta rectangular, compartimentadas interiormente en mayor o menor medida y girando en torno a una habitación central

en la que estaba el hogar y, adosado a una de las paredes, un banco corrido en el que los vettones, según las fuentes, se sentaban a comer por orden de edad. En La Mesa de Miranda ha quedado constatado que estas construcciones se componían de un zócalo de piedra que se continuaba a base de paredes de ladrillos macizos con grandes dimensiones.

Al interior de este recinto se accede por la puerta oeste y se abandona por la este, salvándose el hecho de que esté cegada, por medio de una plataforma con escaleras que facilita el abandono.



Zócalo de una casa en el primer recinto.

Hay muchos puntos de interés para detenerse:

1. Lo alto de la torre que flanquea la entrada oeste. Desde allí la visión del campo de piedras hincadas, intramuros y extramuros, facilita la comprensión de este tipo de complemento defensivo.
2. Siguiendo la muralla en su recorrido occidental, hay un mirador desde el que se divisa un apacible paisaje de encinas que cae al profundo valle del arroyo Matapeces. Es especialmente vistoso en primavera cuando se produce la floración de las encinas.
3. Poco más adelante, muy cercana a la muralla, está la casa excavada parcialmente por Cabré. Al conservarse sólo la hilada inferior del zócalo es preciso fijarse para encontrarla.
4. Si se sigue la muralla en su discurrir norte a través del borde del escarpe, va apreciándose con más claridad la importancia de la adaptación del recinto a la morfología del terreno. Enseguida va perfilándose en el horizonte la idea de que estamos en un paisaje de transición entre las estribaciones de la sierra y las tierras llanas correspondientes al paisaje sedimentario del Valle del Duero. La percepción de este nuevo ambiente es de gran belleza en todas las épocas



Caserío de La Dehesa de Miranda desde el castro.

del año, puesto que cada una tiene un color diferente. En otoño la arada le convierte en tonos marrones. En invierno en campos de un verde con el cereal recién nacido. En plena primavera son campos de color verde claro con el cereal adulto, distinguiéndose en la tonalidad cuando se trata de cultivos de cebada o de trigo. Y en verano campos amarillos uniformes.

5. Desde la mitad del recorrido se avista, nada más desencajarse el arroyo Matapeces, el caserío que compone el latifundio agrícola de La Dehesa de Miranda con sus típicas dependencias y distribuciones. Tal vez evoca a una vía romana.



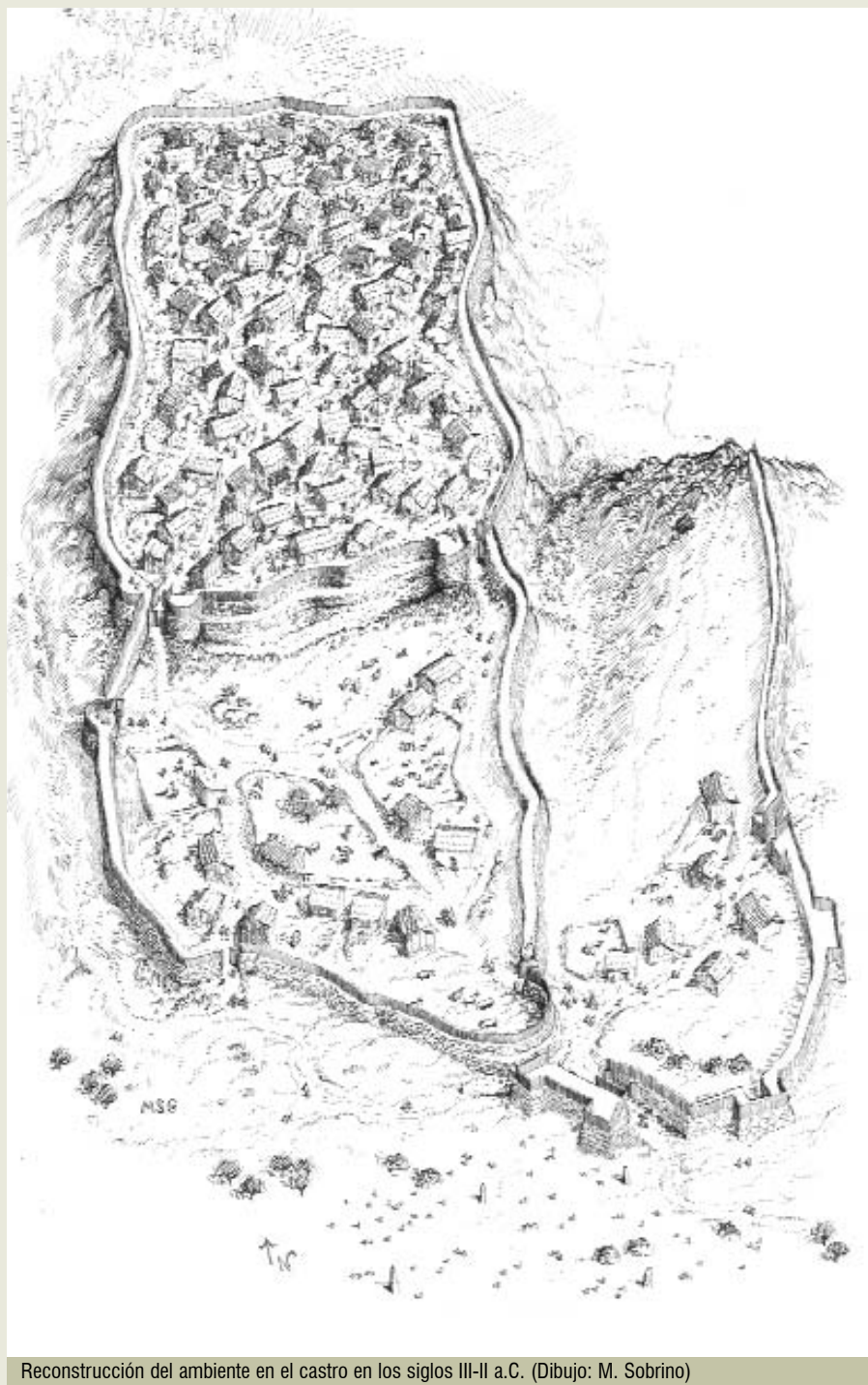
Lienzo sur del primer recinto antes de la restauración.



Fragmento de antemuralla en el lienzo sur del primer recinto.

El recorrido de la muralla puede continuarse en todo su trazado hasta desembocar en la puerta este, observando todas las circunstancias que movieron la adaptación del recinto a la topografía, a la vez que se observa el paisaje. Otra opción es, a partir de la mitad, cruzar transversalmente el recinto hasta aproximarse a la estructura metálica y de madera que salva la puerta cegada del este.

Abandonado el primer recinto y de nuevo en el segundo, finaliza el recorrido con la visita a la necrópolis, enclavada en una pequeña parte dentro del recinto tercero y, el resto, en la explanada delante de él por el sur.



Reconstrucción del ambiente en el castro en los siglos III-II a.C. (Dibujo: M. Sobrino)



La necrópolis

Al castro de La Mesa de Miranda se le conoce por sus recintos amurallados, pero sobre todo por su necrópolis, denominada *La Osera*. Las excavaciones de Cabré en la primera parte del siglo XX se centraron fundamentalmente en la necrópolis. Excavó unas 2.230 tumbas, al parecer la necrópolis completa. Los primeros enterramientos debieron producirse a finales del siglo V a.C., produciéndose el mayor apogeo a finales del siglo IV y en el siglo III a.C.

La Osera se encuentra al Sur de los recintos amurallados, en una explanada muy bien definida, incluida, en parte, dentro del recinto cercado, propiedad del Ministerio de Cultura, y otra dentro de fincas privadas.

Los vettones **incineraban** a sus muertos en piras especialmente dedicadas a esa función, denominadas *ustrina*, enterrando después sus cenizas en una urna o simplemente en un hoyo excavado en



Túmulo funerario encerrado dentro de una estructura.

el suelo. El historiador Silo Itálico, refiriéndose a los celtíberos, escribió que para los muertos en combate estaba reservado un ritual consistente en que los buitres devoraran sus cuerpos, de forma que el alma subiera directamente al cielo. Para con estos muertos en combate, héroes ante la comunidad, puesto que morían defendiéndola, era un sacrilegio utilizar el ritual de la incineración, el habitual para las muertes naturales. Tal vez ésta sea la causa de que en las excavaciones de Cabré se hallaran algunos cráneos al lado de vasos cerámicos, sin que se apreciaran en ellos restos de exposición al fuego.

Dependiendo de la importancia social del personaje y a veces de su profesión, se le enterraba con un **ajuar** importante, con algún tipo de ajuar o sin él. En La Osera se han encontrado también cenizas dentro de un simple hoyo excavado en el suelo, detalle que permite considerar la posibilidad de que se tratara de personas que no tenía la suficiente categoría para ser enterrados como los demás. Tal vez algunos o todos fueran esclavos, una figu-



Túmulos sepultados por la muralla del tercer recinto.



Túmulos dentro del tercer recinto.

ra social que sin duda hubo de darse allí también, porque era frecuente en la antigüedad.

A través de la constatación de las diferencias en el ritual, ha podido conocerse la **composición social** de las gentes que habitaron en La Mesa de Miranda y el grado de jerarquización que existía. Así, parece evidente la organización de la sociedad en una estructura piramidal, en cuya cúspide estaría una especie de aristocracia

con atribuciones militares que se hacía enterrar con grandes fastos, en el fuego ostentosas armas y otros atributos no menos lujosos.



Hitos delimitadores de las zonas en la necrópolis.

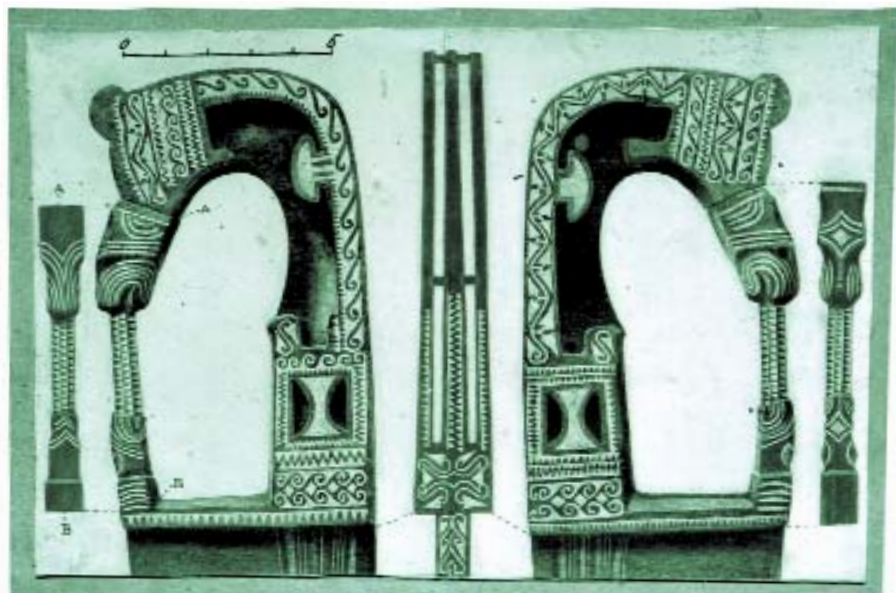
J. Cabré distinguió entre el conjunto de tumbas **seis zonas** distintas y separadas entre sí, aunque próximas. Cada una de ellas estaba presidida por una **pedra hincada sobresaliente** que la anunciaba. En la actualidad se encuentran en los puntos donde

Cabré las encontró. De las seis zonas excavadas, sólo fue dada a conocer una de ellas –la VI– en la monografía que publicó con Antonio Molinero y su hija M. Encarnación en 1950. Las otras cinco zonas no han sido objeto de estudio más que de forma muy general.

La división en zonas diferentes podría obedecer a los distintos grupos de parentesco o linaje en que estarían agrupados los habitantes del castro, distinción que se haría en torno a un antepasado común.



Ajuar de guerrero. (Foto J. Cabré).



Empuñadura de espada. (Foto J. Cabré).

Una sugestiva interpretación de las estelas o hitos demarcadores de cada zona de la necrópolis es la planteada por algunos investigadores: han observado la coincidencia en la disposición de las estelas que presiden cada zona con la de la constelación celeste de Orión. Seguramente no se trata de una casualidad, puesto que

desde siempre las gentes han identificado la altura que significa el cielo con la presencia de la divinidad que siempre observa a los humanos. La reproducción en el cementerio de Orión podría significar la relación que los muertos de La Mesa de Miranda esperaban para con el más allá.

Los enterramientos se llevaban a cabo bien excavando un hoyo y depositando la urna o bien construyendo un pequeño túmulo de



Urnas funeraria. (Fotos J. Cabré).

Bocados de caballo. (Foto J. Cabré).

piedras dentro del cual eran depositadas una o varias urnas cerámicas. Cada uno de los túmulos investigados fueron después restaurados por el mismo Cabré, por lo que pueden reconocerse en la necrópolis. Sólo en dos casos aparecieron encerrados dentro de una estructura especial, que sin duda estaba marcando la importancia de los enterrados en él. Se trata de la estructura de mampostería que alberga dos túmulos en la zona más al sur de la necrópolis.

Entre las ofrendas depositadas con los restos de la incineración se encuentran los típicos ajuares de guerreros constituidos por armas tales como espadas, lanzas, puñales, escudos o broches de cinturón. A ellos hay que unir otros menos ligados a lo guerrero con la presencia de trébedes, parrillas o grandes pinzas. En algunos parece evocarse la profesión del difunto (tijeras, navajas). En otras, la presencia de fusayolas se atribuye a que los restos corresponden a mujeres. No faltan tampoco las tumbas con bocados de caballo y las que, acompañando a otros ajuares, presentan fíbulas, anillos y otros objetos de adorno.

En el área de la necrópolis es importante visitar una encina muy antigua, cuyo curioso desarrollo curvado del tronco la hace distinta de las demás.

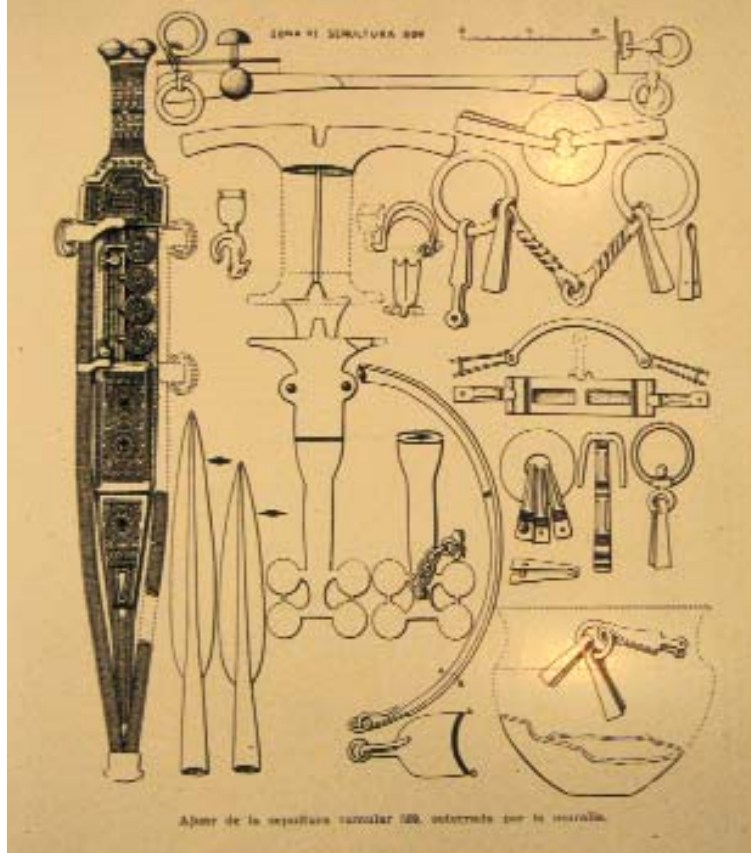


Fíbulas representando caballos y otros objetos en el ajuar de una tumba. (Foto J. Cabré).



Placa de cinturón. (Foto J. Cabré).





Ajuar guerrero de una tumba. (Dibujo de J. Cabré)



Reconstrucción de una ceremonia funararia.



Otros lugares de interés relacionados con el castro

Cualquiera de las excursiones sin rumbo preciso por las inmediaciones suponen un cúmulo de sensaciones agradables de tranquilidad y disfrute de la naturaleza, percibiendo el paisaje poco humanizado y los olores del canueso, el tomillo o la genista.

Si hay tiempo suficiente, pueden visitarse las cascadas del **arroyo de Rihondo** a su paso por las inmediaciones del castro. Se accede siguiendo la muralla del tercer recinto hasta que ésta termina, iniciándose una abrupta pendiente que desemboca a poca distancia en el cauce del arroyo. El encanto del sitio es el discurrir del agua por las rocas con el ruido característico, formando pequeñas cascadas y balsas donde en primavera el excursionista podrá aliviarse del calor. Siguiendo el curso del arroyo se produce una cascada de mayores proporciones a la que es peligroso acercarse.

Al sur de la muralla del segundo recinto, en sus cercanías pero extramuros, hay un pequeño abrigo con un extraño **signo pintado en rojo ocre** que podría ser una esquematización humana. Su relación con la habitación del castro es probable.



Arroyo de Rihondo.



Cascada mayor del arroyo de Rihondo.

La pintura no debe mojarse ni rasparse en ningún caso. Su respeto absoluto garantizará que pueda seguir siendo visitable como un testimonio más de este castro.



Chamartín. Aula arqueológica.

El **aula arqueológica** que explica el castro y la cultura de la que participó, se encuentra en el pueblo de Chamartín, en el local que fueron en su día las antiguas escuelas, rehabilitadas para esta función. Gestionada por el ayuntamiento de Chamartín, está abierta cuatro días a la semana, entre ellos el sábado y el domingo.



Aula arqueológica.

Consta de dos partes, el piso bajo y el piso alto. Con ello quiere explicarse los mundos que vivieron los habitantes del castro: abajo, el mundo de lo material y arriba, el de las creencias y ritualidad.

En el piso bajo se hace un recorrido por las actividades de la vida diaria de los habitantes del castro a través de paneles, audiovisuales, reproducciones

de armas y artefactos de trabajo. Hay también una maqueta de grandes proporciones que explica la evolución del castro y juegos didácticos para niños en pantallas táctiles.

Al piso alto se asciende por una escalera que pretende hacer entender al visitante su ascensión al mundo de las ideas y de las creencias. Se explican los rituales de enterramiento, las ideas religiosas y las prácticas que tenían lugar para enlazar con el mundo de ultratumba. Adicionalmente, en una terraza al aire libre, se explican las esculturas zoomorfas que tanto caracterizaron a la cultura vettona.

En la plaza de Chamartín, al lado de la carretera, hay un toro de piedra hallado en las inmediaciones del castro. Se conocen otros



Aula arqueológica.

ejemplares también de la zona, aunque todos ellos fragmentados. Uno, se encuentra expuesto dentro del tercer recinto y otro, a la entrada del aula arqueológica. El cometido de estas esculturas, muy ligadas al pueblo vetón y circunscritas fundamentalmente a las provincias de Ávila, Salamanca, norte de Cáceres y parte de las de Zamora y Toledo, es todavía un enigma sin resolver completamente. El hecho de estar emplazadas tanto en el interior de los castros, como en su inmediatez e incluso lejos de ellos, en zonas de pastos o en rutas que llevan a éstos, ha hecho pensar que su funcionalidad tuviera diversos matices: como símbolos protectores del ganado representativo de la economía de los vettones o como formas de establecer la propiedad de zonas de pastos codiciados.



Aula arqueológica.



Toro de la plaza de Chamartín.



Más lugares interesantes en el entorno de Chamartín



Valle de Muñico.

Los pueblos del entorno de Chamartín guardan todavía muchas muestras elocuentes de la arquitectura tradicional de la zona. Puede ser interesante una visita a algunos de ellos. El paisaje que les rodea es un perfecto exponente de los ambientes graníticos más característicos e intactos. La visita sin prisas y curiosa, permite descubrir muchos matices interesantes.



Ermita de Rihondo.

Ermita de Ntra. Sra. de Rihondo (Benitos). Se encuentra en la carretera AV-110 a menos de 1 km antes de llegar a Chamartín. Primera mitad del siglo XVII. Estética herreriana. Retablo de la segunda mitad del siglo XVIII. Un lugar apacible para la tranquilidad al lado del arroyo de Rihondo.



Cillán. Las Herrenes de San Cristóbal.

Yacimiento arqueológico de Las Herrenes de San Cristóbal (Cillán). A menos de 2 km de Cillán, una indicación en la carretera AV-110 señala la desviación para acceder al yacimiento. Los Herrenes de San Cristóbal es una pequeña aldea altomedieval, previa a la repoblación de la zona. La parte excavada del yacimiento es apta para la visita. Hay información *in situ* explicando el yacimiento.

Muñico. En la intersección de la carretera AV-110 con la local que parte para San Juan del Olmo y Ortigosa, hay, bien visible, un sarcófago de piedra de época medieval.

San Juan del Olmo. Merece la pena una visita al pueblo para apreciar la entidad de algunas de sus construcciones domésticas. Iglesia parroquial de finales de la Edad Media y principios de la Edad Moderna. Frontón antiguo y fuentes.

Necrópolis altomedieval de la Coba. A 3,5 km de San Juan del Olmo en dirección a Muñana. Necrópolis de tumbas antropomorfas excavadas en la roca. Señalizadas para la visita.

Ermita de las Fuentes. A menos de un 1 km de la necrópolis de La Coba. Siglo XVII. Tiene una plaza de toros antigua y dos fuentes que le han dado su nombre. Emplazada en un lugar bucólico.

La oferta de alojamientos rurales puede consultarse en:
www.avilalacasa.com



Sarcófago de piedra.



Casa de San Juan del Olmo.



Ermita de Las Fuentes.

Partiendo de Ávila puede hacerse una ruta a través de la carretera AV-110 con la primera escala en Chamartín para seguir después a Cillán, Muñico, San Juan del Olmo, Ermita de las Fuentes, Muñana y regreso a Ávila por el Valle Amblés. Esta ruta es especialmente bella en primavera.



Para saber más del castro de La Mesa de Miranda y de los Vettones

■ Obras generales sobre los Vettones

- ÁLVAREZ SANCHÍS, J. R.: *Los Vettones*. Real Academia de la Historia. Madrid. 1999. (Constituye un compendio científico muy completo del pueblo vettón con todo su desarrollo y manifestaciones arqueológicas. 423 págs. Puede encontrarse fácilmente en librerías especializadas y de Ávila).
- ÁLVAREZ SANCHÍS, J. R.: *Los señores del ganado. Arqueología de los pueblos prerromanos en el occidente de Iberia*. Akal Arqueología nº 2. Madrid. 2003. (Libro escrito en lenguaje asequible para todos los públicos, que constituye una síntesis de fácil lectura para entender a los vettones y su cultura. 170 págs. Se encuentra fácilmente en librerías).
- SALINAS DE FRÍAS, M.: *Los Vettones. Indigenismo y romanización en el occidente de la Meseta*. Ediciones Universidad de Salamanca. 2001. Colección Estudios históricos y geográficos nº 34. (Síntesis del pueblo vettón enfocada fundamentalmente desde el punto de vista histórico. 227 páginas. Puede encontrarse fácilmente en librerías especializadas).
- SÁNCHEZ MORENO, E.: *Vettones: historia y arqueología de un pueblo prerromano*. Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid nº 64. 2000. (Compendio sobre el territorio vettón, sus yacimientos y la cultura que le caracterizó. De fácil comprensión. 322 páginas. Puede encontrarse fácilmente en librerías especializadas).

■ Fuentes históricas sobre los Vettones

- ROLDÁN HERVÁS, J. M.: “Fuentes antiguas para el estudio de los Vettones”. *Zephyrus* nº XIX-XX. Páginas 73-106. 1968-1969. (Trabajo publicado en la revista *Zephyrus* de la Universidad de Salamanca. Puede consultarse sólo en bibliotecas de departamentos universitarios de Prehistoria. Relaciona y comenta las fuentes romanas sobre los vettones).

■ Publicaciones sobre los castros de Ávila

- RUIZ ZAPATERO, G. Y ÁLVAREZ SANCHÍS, J. R.: “Ulaca, la pompeya vettona”. *Revista de Arqueología* nº 216, páginas 36-47. 1999. (En bibliotecas y librerías especializadas).
- ÁLVAREZ SANCHÍS, J. R.: “Los castros de Ávila”. 1993. (Artículo incluido en la obra general editada por M. Almagro Gorbea y G. Ruiz Zapatero: *Los Celtas. Hispania y Europa*. Actas del curso de verano celebrado en 1992 en El Escorial por la Universidad Complutense. Puede encontrarse en librerías y bibliotecas especializadas).
- VARIOS AUTORES: *Celtas y Vettones*. 2001. (Libro conmemorativo y compendio de la exposición Celtas y Vettones celebrada en Ávila en el 2001. Contiene numerosos artículos firmados por varios autores sobre los castros abulenses, meseteños y en general sobre los vettones y la cultura céltica. Puede encontrarse en librerías especializadas y de Ávila).

■ Publicaciones específicas sobre La Mesa de Miranda

- CABRÉ AGUILÓ, J., CABRÉ DE MORÁN, E. Y MOLINERO PÉREZ, A.: *El castro y la necrópolis del Hierro Céltico de Chamartín de la Sierra (Ávila)*. Madrid. 1950. (Es la memoria de una parte de las excavaciones de los años 30 y 40. Un libro importante por la información que ofrece y por

sus ilustraciones. Se encuentra agotado. Puede consultarse en bibliotecas especializadas).

- BAQUEDANO, I. Y ESCORZA, C.: "Alineaciones astronómicas en la necrópolis de la Edad del Hierro de La Osera (Chamartín de la Sierra, Ávila)". *Complutum* nº 9. 1998. Páginas 85-100. (Este trabajo está publicado en la revista de arqueología de la Universidad Complutense de Madrid. Puede encontrarse en bibliotecas o librerías especializadas. Es un trabajo interesante que plantea la posibilidad de asociación de las diversas zonas de la necrópolis de La Osera con la constelación de Orión).

- BAQUEDANO BELTRÁN, I.: "La necrópolis de La Osera". 2001. (Artículo incluido en *Celtas y Vettones*, libro conmemorativo y compendio de la exposición celebrada en Ávila en el 2001).




ÍNDICE

Presentación	3
Cómo usar esta guía	5
El lugar y sus circunstancias	8
Historia del descubrimiento del castro y de sus investigaciones	12
Ambientación histórica	14
Guía para la visita del castro de La Mesa de Miranda	29
Secuencia de la visita	36
La necrópolis	56
Otros lugares de interés relacionados con el castro	63
Más lugares interesantes en el entorno de Chamartín	66
Bibliografía	68

Acceso al castro

Camino exclusivamente pedestre 

Camino rodado y pedestre 
(Ruta aconsejable)

Mirador 

